VIDA MONTEVIDEANA

REVISTA SOCIAL ILUSTRADA

DE

LITERATURA Y BELLAS ARTES

APARECE LOS DOMINGOS

Año II	Montevideo, Enero 30 de 1898	Núm. 31

Director y Redactor:

RAFAEL J. FOSALBA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Capital un mes . . . . $ 0.50
Campaña y Exterior un mes . . . » 0.60
Número corriente . . . . . » 0.20

Dirección y Administración: Convención 82

Administrador:
Máximo Seré

Secretario de Redacción:
Fermin Héctor Casas

SUMARIO

LA PALINODIA

CUENTO HELÉNICO

El cuento que voy á referir no es mio, ni de nadie, aunque corre impreso; y puedo decir ahora lo que Apuleyo en su *Asno de oro*: *Fabulam grœcanican incipimus*: es el relato de una fábula griega. Pero esa fábula griega, no de las más populares, tiene el sentido profundo y el sabor á miel de todas sus hermanas; es una flor del humano entendimiento, en aquel tiempo feliz en que no se habian divorciado la razón y la fantasia, y de su consorcio nacian las alegorias risueñas y los mitos expresivos y arcanos.

Acaeció, pues, que el poeta Estesicoro, pulsando la cuerda de hierro de su lira heptacorde, y haciendo antes una libación á las Euménides con agua de pantano en que se habian macerado amargos ajenjos y ponzoñosa cicuta, entonó una sátira desolladora y feroz contra Elena, esposa de Menelao y causa de la guerra de Troya.

Describia el vate, con una prolijidad de detalles que después imitó en la Odisea el divino Homero, las tribulaciones y desventuras acarreadas por la fatal belleza de la Tindárida: los reinos privados de sus reyes, las esposas sin esposos, las doncellas entregadas á la esclavitud, los hijos huérfanos, los guerreros que en el verdor de sus años habian descendido á la región de las sombras, y cuyo cuerpo ensangrentado ni aún lograra los honores de la pira fúnebre; y trazado este cuadro de desolación, vaciaba el carcaj de sus agudas flechas, acribillando á Elena de invectivas y maldiciones, cubriéndola de ignominia y vergüenza á la faz de Grecia toda.

Con gran asombro de Estesicoro, los griegos, conformes en lamentar la funesta influencia de Elena, no aprobaron, sin embargo, la sátira. Acaso su misma virulencia desagradó á aquel pueblo instintivamente delicado y culto; acaso la piedad que infunde toda mujer habló en favor de la culpable hija de Tindaro. Su detractor se ganó fama de procaz, lenguilargo y desvergonzado; Elena, algunas simpatias y mucha lástima. En vista de este resultado, Estesicoro, con las orejas gachas como suele decirse, se encerró en su casa, donde permaneció atacado de misantropia y abrazado á su fea y adusta musa vengadora.

El sueno habia cerrado sus párpados una noche, cuando á deshora creyó sentir que una diestra fria y pesada como el mármol se posaba en su mejilla. Despertó sobresaltado, y á la claridad de la estrella que refulgia en la frente de la aparición, reconoció nada menos que al divino Pólux, medio hermano de Elena. Un estremecimiento de terror serpeó por las venas del satírico, que adivinó que Pólux venia á pedirle estrecha cuenta del insulto.

—¿Qué me quieres?—exclamó alarmadisimo.

—Castigarte—declaró Pólux;—pero antes hablemos. Dime por qué has lanzado contra Elena esa sátira insolente; y sé veraz, pues de nada te serviria mentir.

—¡Es cierto!—respondió Estesicoro.—¡En vano trataria un mortal de esconder á los inmortales lo que lleva en su corazón! Como tú puedes leer en él, sabes de sobra que la indignación por los males que ocasionó tu hermana y el dolor de ver á la pátria afligida, me dictaron ese canto.

—Porque leo en lo oculto, sé que pretendes engañarme—murmuró con desprecio Pólux.—Y sin tener mi perspicacia divina, los griegos han sabido también conocer tus móviles y tus intenciones. No existe ejemplo ¡oh poeta! de satírico que tenga por musa el bien general: siempre esta hipócrita apariencia, oculta miras personales y egoistas. Tú viste la belleza de mi hermana; tú la codiciaste, y no pudiste sufrir que otro aspirase á las rosas cuyo aroma te enloquecia.

—Tu hermana ha ultrajado á la virtud—declaró enfáticamente Estesicoro.

—Mi hermana no recibió de los dioses el encargo de representar la virtud, sino la hermosura—replicó Pólux enojado.—Si hubiese un mortal en quien se encarnasen la virtud, la hermosura y la sabiduria, ese seria igual á los inmortales. ¿Qué digo? Seria igual al mismo Jove, padre de los dioses y los hombres; porque entre los demás que se nutren de la ambrosia, los hay, como la sacra Vénus, en quienes sólo se cifra la belleza, y otros como la blanca Diana, en quienes se diviniza la castidad. Si tanto te reconcomia el deseo de zaherir á los malos, debiste hacer blanco de tu sátira á algunas de las infinitas mujeres que en Grecia, sin poder alardear de la integridad y pureza de Diana, carecen de las gracias y atractivos de Vénus. La hermosura merece veneración; la hermosura ha tenido y tendrá siempre altares entre nosotros; por la hermosura, Grecia será celebrada en los venideros siglos. Ya que has perdido el respeto á la hermosura, pierde el uso de los sentidos, que no te sirven para recrearte en ella por la contemplación estética.

Y vibrando un rayo del astro resplandeciente que coronaba su cabeza, Pólux reventó el ojo derecho de Estesicoro. Aún no se habia extinguido el ¡ay! que arrancó al poeta el agudo dolor, y apenas habia des-

aparecido Pólux, cuando apareció el otro Dioscuro, Cástor, medio hermano también de Elena, y pronunciando algunas palabras de reprobación contra el ofensor de su hermana, con una chispa desprendida de la estrella que lucia sobre sus cabellos, quemó el ojo izquierdo del satírico, dejándolo ciego. Alboreó poco después el dia, más no para el desventurado Estesicoro, sepultado en eterna y negra noche. Levantándose como pudo, buscó á tientas un báculo, y pidiendo por compasión á los que cruzaban la calle que le guiasen, fué á llamar á la puerta de su amigo, el filósofo Artemidoro, y derramando un torrente de lágrimas, se arrojó en sus brazos, clamando entre gemidos desgarradores:

—¡Oh Artemidoro! ¡Desdichado de mí! ¡Ya no la veré más! ¡Ya no volveré á disfrutar de su dulce vista!

—¿A quién dices que no verás más?—interrogó sorprendido el filósofo.

—¡A Elena! ¡á Elena, la más hermosa de las mujeres!—gritó llorando el satírico.

—¿A Elena? ¿Pues no la has rebajado en tus versos?—pronunció Artemidoro más atónito cada vez.—¿No la has arrastrado por los suelos en una sátira quemante?

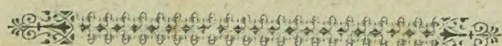
—¡Ah! ¡Por lo mismo!—sollozó Estesicoro, dejándose caer al suelo y revolcándose en él.—Ahora comprendo que mi sátira era un himno á su hermosura... un himno vuelto del revés, pero al fin un himno. Los celestes jemelos me han castigado privándome de la vista, y las tinieblas en que he de vivir son más densas porque no veré á la encarnación humana de la forma divina, al ideal realizado en la tierra.

—No te aflijas y espera—dijo Artemidoro;—tal vez consiga yo salvarte.

Cuando la incomparable Elena supo de Artemidoro que su detractor Estesicoro sólo lamentaba estar ciego por no poder admirar sus hechizos, sonrió, halagada la insaciable vanidad femenil, y murmuró con deliciosa coquetería: «Realmente, Artemidoro, ese vate es un infeliz, un ser inofensivo; nadie le hace caso en Grecia, y yo menos que nadie. Anúnciale que voy á sanarle los ojos.» Y tomando en sus manos ebúrneas una copa llena de agua de la fuente Castalia, bañó con su linfa las pupilas huecas del satírico, que al punto recobró la luz. Como el primer objeto que vió fué Elena, se arrodilló transportado, prorumpiendo en una oda sublime de gratitud y arrepentimiento, que se llamó *palinodia*

EMILIA PARDO BAZAN.

Madrid, Diciembre de 1897.





UMBRA

INEDITA

Como un rey oriental, el sol expira
Envuelto en una púrpura que arde...
Se unde en la sierra transformada en pira
En medio de las glorias de la tarde!

La luna surge de la selva obscura,
Derramando un albor como de duelo,
Y, blanca y libre, como el alma pura
De un mundo muerto, se remonta al cielo.

Ronco clamor que por el aire corre,
Atribulando al justo y al precito,
El toque de oración suena en la torre,
Indice que señala el infinito!

El mar salmodia sus perennes quejas
Batiendo sus riberas rumorosas,
Y el hombre piensa en afecciones viejas,
En séres idos y en pasadas cosas!

Como el vuelo de un ángel, como espuma
Lanzada hasta el zénit por una ola,
Una nube, una ráfaga de bruma,
Cruza el espacio, nacarada y sola.

Y en su veloz y caprichoso viaje
A través de la pompa vespertina,
Miente una fuga de astros.... El paisaje
Se estremece en la pálida neblina.

. . . .

La esperanza y la fé se magnifican,
La inmensa escala de Jacob se extiende;
El lucero y la flor se comunican,
El rayo baja y el perfume asciende!

. . . .

Resuenan en los hálitos que giran
Murmullos como de ánimas que imploran,
Voces como de sombras que suspiran,
Ayes como de espíritus que lloran!

. . . .

Todo es quietud; el constelado piélago,
El campo triste y la callada estancia...
¡Satanás con sus alas de murciélago,
Se cierne sobre el sueño de la infancia!

La virgen vierte en su apacible lecho
Un aliento de mágicos olores,
¡Cual si tuviera en lo interior del pecho
Un ramillete de celestes flores!

Y hambriento, y fatigado y aterido,
El mendigo dormita sobre el átrio,
¡Y se imagina que se encumbra henchido
De un inefable sentimiento pátrio!

¡Es la hora en que el párpado se cierra,
Y en que, fragancia que abandona el broche,
La fantasía desligada erra,
Sobre el túmulo negro de la tierra,
En la capilla ardiente de la noche!

SALVADOR DIAZ MIRÓN.

Bogotá, Diciembre 15 de 1897.



GONDINET

HABÍA terminado la encarnizada lucha de los imperios.—Sobre las afiligranadas y esbeltísimas torres de Strasburgo flotaba ya la bandera triunfante del águila negra.—Bazaine se habia entregado en Metz y Napoleón se habia entregado en Sedán.

El heroismo de los suavos y el heroismo de los coraceros pertenecia ya al dominio de la leyenda, buitre de alas brillantes que sirve entre ruinas y que se alimenta de carne muerta.—En Alsacia yá el idioma oficial no era el idioma de Moliére y Racine, sinó el idioma de Schiller, de Heine y de Goethe.—En Versailles, el petróleo de los comuneros habia devorado los tesoros artísticos de los grandes palacios y los muelles tapices de las grandes alcobas.—Francia la santa Francia, acababa de realizar un verdadero milagro de patriotismo: el pago de su espantable contribución de guerra.—El obrero dió el fruto de su trabajo; las cortesanas cedieron sus joyas.—Derouléde publicó sus *Chants du soldad; François Coopce, Un idile pendant le siege.*

Entónces, por aquellos dias de angustia y desconsuelo, los habitantes de la pequeña aldea de Athis, vieron llegar á un hombre de bien erguida figura militar. Ese hombre se instaló en una casa que los prusianos habian saqueado, compró los terrenos que la circundaban, y levantó terrazas por todas partes. Poco después, ese hombre recibia un largo convoy de animales inválidos: una docena de mastines de pelo rudo, un cordero con solo tres patas, algunos caballos, un gran número de volátiles.—Fueron recibidos en la mansión saqueada y ésta cerró sus puertas erméticamente.

¿Quién era el nuevo habitante de Athis?—Ninguno lo sabia.—Poco á poco se impuso por sus sentimientos caritativos y por lo austero de su soledad.—Dos sirvientes mudos; una gran biblioteca; mucho dinero para hacer limosnas; mucho amor á los niños de la modesta aldea, que salian de su casa llenos de dulces y de juguetes; una gran pasión por las rosas, que llenaban los pátios y las ventanas con sus rojos colores y sus ricos perfumes.—A fuerza de paciencia, los habitantes de Athis supieron que él recién venido se llamaba René.—Nada más.—Los habitantes, obedeciendo á su primera impresión, acordaron que el huésped era un viejo coronel retirado.—Muchos de ellos no le conocian ni siquiera de vista.

Al año siguiente, el señor René era la providencia del pais; pero una providencia discreta é invisible. Alguna que otra vez, aquel hombre que amaba las flores y que amaba á los niños; aquel hombre cuyos perros no tenian todas sus patas y cuyos caballos no tenian todos sus ojos, contestaba desde la penumbra de las cortinas de su balcón, al saludo emocionado de un campesino, á quién habia salvado de la usura y de la ruina. Los campesinos dijeron á los otros que el señor René estaba condecorado tenia grandes bigotes y la actitud marcial.

Llegó el otoño, la época de las grandes maniobras militares. Se soñaba con la revancha; con el territorio reconquistado.—Athis se vió invadida por un batallón: sus oficiales fueron alojados en casa del señor René.—Los trató á maravilla: les dió champagne y les habló con emoción del pais, del ejército, de la Francia.

Después de comer, (la comida fué expléndida), pasaron para fumar á la biblioteca. Cada oficial recibió un habano, un habano legítimo. Se conversó de arte. Un sargento de Batignolles vió sobre una mesa un ejemplar de la linda comedia en tres actos, «Le panache».

—Ah! usted lée esta obra, mi coronel?

El señor René sonrió dulcemente.

—Mal hecho, agregó el sargento. Las

piezas teatrales no deben leerse; deben verse representar. Si usted vé á Paris, yo le haré ver esta obra dada por M. Geoffroy. Conozco á los actores y á los autores.

Mi madre, coronel trabaja en el Gimnasio. El autor de esta obra, Edmundo Gondinet, es muy amigo mio.

El señor René contemplaba al sargento con estupefacción. De pronto le dijo, siempre sonriendo:

—No me lo presenteis. Le conozco mucho. Se parece á Garrick. Sé que es un uraño y triste. Hace reir, pero se rie poco. Le conozco mucho, porque yo soy Edmundo Gondinet.

Y lo era en efecto. Aquel hombre alto, robusto, de figura militar, de mostachos fuertes, era el autor de «Christiane», «El Club», «Tête de linotte» y «Un parisien».

«Un parisién» es una maravilla. Coquelin, á quien vi en Buenos Aires, me hizo gustar el encanto supremo de esa obra maestra.

El protagonista aparece en el primer acto sentado en un balcón que dá al boulevard, respirando á pulmon pleno la algarabia que sube de las calles. Tendido en su sillon, viendo elevarse el humo de su cigarro, recogiendo los rumores de la gran ciudad, abismado en el placer inmenso de no pensar en nada, aquella aparición ponia de relieve el carácter del protagonista.—Coquelin sobresalia en el acto segundo, os avasallaba desde el principio; apenas se dejaba ver lejos de su Paris, despertado al amanecer por el canto de un gallo, aburrido por las curiosidades y los remilgos de la vida aldeana.—Esos egoismos, esos locos amores por la existencia cómoda y por el tumulto, en que se pierde la personalidad; ese afan de *bien être* y de *reverie*, no impiden al protagonista de la obra de Gondinet ser bueno y ser grande. Al contrario, su sensibilidad es refinadisima, su corazón muy noble. Soltero y rico, recogió á una huérfana de catorce años, educándola con mimo y con virtud. Espera casarla con un amigo suyo, mucho más jóven que él. Es el amigo á quien quiere más. Ese amigo rechaza la mano de Magdalena. Esta ha vivido bajo el techo de Brichanteau. Brichanteau es libre y Magdalena es linda.

El parisien conoce que su acto caritativo ha sido pernicioso para su protejida. El tiene cuarenta años: la huérfana veinte. No debió asirla en su mismo hogar. Magdalena es gentil; las gentes, maliciosas. Bueno; mejor. Brichanteau ofrece su nombre á Magdalena, y la huerfana, que le ama con toda la pasión de sus veinte años, que le conoce bien, que le ha visto leal y generoso siempre, la huerfana llora de ternura y de gozo, cuando Brichanteau le habla de su edad y de su egoismo!.

Gondinet es Brichanteau. El autor dramático que hace á su público reir á carcajadas; el autor dramático que ha escrito «Le homard» y ha escrito «Jonathan», sentia como pocos la belleza y el bien. Su diálogo, vivo y cortado, sin violencias ni paradojas, tiene frases llenas de punzante emoción, tiernas y dolorosas. Hay en «Les affolés», en «Le club», en «Christiane» situaciones dramáticas de vuelo altísimo y diálogos escritos con lenguaje del alma. Creó un género. Pocos han pintado, antes de Gondinet, con verdadero acierto, los cuadros de la vida intima parisien. Gondinet era francés por el estilo y por el corazón. A raiz de la guerra, en unas hermosisimas estrofas á Moliére, decia hablando del emperador de los ejercitos vencedores.

«Sa pourpre ne vaut pas la tombe toujours verte.

Du dernier des soldats qui meurt pour son pays!»

CÁRLOS ROXLO.

Montevideo, Enero de 1898.

LA AMENAZA

SONARON las campanadas del medio dia y de alli á poco, la puerta comenzó á despedir, en oleadas de marea humana, la muchedumbre cansada y silenciosa que componia el personal de los talleres. Nadie hablaba: no hacia el varón caso de la mujer, ni buscaba la muchacha el halago del mozo, ni el niño se detenia á jugar. Los fuertes parecian rendidos, los jóve es avejentados, los viejos medio muertos. ¡Casta dos veces oprimida por la ignorancia propia y el egoismo ajeno!

El gentio se fué desparramando como nube que el viento fracciona y desvanece: pasó primero en turbas, luego en grupos y después en parejas que calladamente solian dividirse sin despedida ni saludo, tomando unos el camino de su casa, entrando otros en ventorrillos y tabernas, diseminándose y perdiéndose, confundidos todos y sorbidos por la agitada circulación del arrabal.

Uno de los últimos que salieron fué Gaspar Santigós, alias *el Grande* ó *Gasparón* porque era de tremendas fuerzas, muy alto y muy fornido. Hacianle simpático el semblante apacible, la frente despejada, el mirar franco; y era tan corpulento, que parecia Hércules con blusa.

Echó á andar por la sombra de una tápia, cruzó dos ó tres calles, atravesó una plaza y metiéndose por pasadizos y solares, para acortar distancias, vino á desembocar en un paseo de olmos gigantescos cuyo ramaje se entrelazaba, formando bóveda de sombra, bajo la cual, le esperaba, sentada en un tronco derribado, una mujer jóven, limpia y graciosa, que tenia delante una cesta, al lado un perro, y en el regazo un niño. Gorrió el animal hácia su amo, el pequeñuelo alargó las manecitas, y mientras el hombre sacaba de la cesta y partia la dorada libreta, ella sin dejar de mirarle, apartó á un lado la ensalada, sacó la botella del tinto, la servilleta, las cucharas de palo, y sobre el hondo plato de loza blanca, con ribete azul, volcó el puchero de cocido amarillento y humeante.

Cuando sonaron á lo lejos las campanadas *de vuelta*, echó el último trago, lió un pitillo, dió un beso al niño, arrojó al perro un mendrugo, y oprimiendo rápidamente el talle á la muchacha, como un avaro que palpa su tesoro, tomó el camino de la fábrica.

Traspuso la puerta, cruzó un pátio lleno de pilas de lingotes de hierro, y entró en una nave larga y anchurosa, iluminada por ventana, tras cuyos vidrios empañados se adivinaban muros ennegrecidos, montones de carbón, chisporroteo de fráguas, y altas chimeneas que en nubes muy densas lanzaban borbotones el humo pesado y polvoriento de la hulla. En lo alto y á lo largo de la nave corria en complicadas lineas un número incalculable de aceros relucientes, hierros bruñidos, palancas, vástagos y ruedas unidas por correas, que subian, bajaban, se retorcian, cruzándose, y giraban vertiginosamente como miembros locos de un mecanismo vivo en que nada pudiera detenerse sin que el conjunto se paralizara. El piso entarimado temblaba con la trepidación del vapor, cuyos resoplidos se escuchaban cercanos; y de otros talleres, debilitado por el vocerio y la distancia, venia rumor de herrajes y golpeados y zumbido de máquinas, mezclado á cantos de mujeres.

Al término de aquella nave venia otra igual, y salvando un pátio que las separaba, habia entre ambas un puentecillo estrecho de madera, junto al cual giraba sobre su eje la enorme rueda de un colosal volante.

Cuando iba *Gasparón* por la mitad del puentecillo, vió que de la segunda nave llegaba un aprendiz corriendo, con tal impetu, y tan lanzado á la carrera, que ya no podia detenerse. Sin tiempo para retroceder, y adivinando que no cabrian los dos en el angosto pasadizo, *Gasparón*, encogiendo el cuerpo, se hizo á un lado: llegó el muchacho como un rayo, se desvió mal, sufrió el encontronazo y cayó de bruces, quedando casi fuera del tablón estrecho que formaba el piso, suspendido sobre el abismo, y sin lugar para adonde sentarse. *Gasparón*, más cuidadoso del peligro ajeno que del propio, le tendió una mano; y el chico, cegado por el miedo, se agarró á ella con tal fuerza y tal ánsia, que hizo vacilar al obrero. Este, al perder el equilibrio, instintivamente, para recobrarlo haciendo contrapeso, echó hácia atrás el otro brazo puesto en alto, y alcanzándole un rádio del volante le partió el hueso por más arriba de la mano. El muchacho dijo luego que á pesar del terror, oyó un crujido como cuando se parte una astilla de un hachazo. Pero aún tuvo aquel hombre fuerza y serenidad para retroceder algunos pasos; arrastró al chico, y al dejarlo en salvo sobre el piso de la nave, cayó rendido á la violencia del dolor.

Recogiéronle sus compañeros, y por no tener enfermeria en la fábrica, le llevaron sentado en una silla al hospital cercano, donde aquella misma tarde hubo que desarticularle el codo.

La convalescencia fué larga; en ella se

gastaron, primero los ahorros; luego, el préstamo tomado sobre la ropa dominguera, la capa de él y el mantón de ella; después algún socorro de camaradas y vecinos, y por último, un donativo de la *Caja de resistencia en huelgas*. En nuevo trabajo no había que pensar, porque el brazo perdido era el derecho.

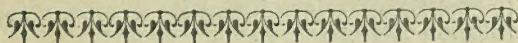
Cuarenta y tantos días después de la desgracia, la mujer de *Gaspárón* se presentó en la pagaduria de la fábrica.

Era una habitación pequeña, dividida por un tabique de madera y tela metálica con ventanillos, tras los cuales se veía un señor viejo, bien vestido, de camisa limpia y leyendo un periódico, sentado junto á una caja de caudales. Cerca de él, al alcance de su vista, habia dos hombres, que, de pié y encorvados, escribian en unos grandes libros puestos sobre pupitres de pino.

(Concluirá)

JACINTO O. PICON.

Buenos Aires, Enero 29 de 1898.



LA ESPERANZA

Yo sé que eres una ave fugitiva,
Un pez dorado que en las ondas juega,
Una nube del alba que despliega
Su miraje de rosa y me cautiva.

Sé que eres flor que la niñez cultiva
Y el hombre con sus lágrimas la riega,
Sombra del porvenir que nunca llega,
¡Bella á los ojos, y á la mano esquiva!

Yo sé que eres la estrella de la tarde
Que ve el anciano entre celajes de oro,
Cual postrera ilusión de su alma bella;

Y aunque tu luz para mis ojos no arde,
Engáñame ¡oh mentira! yo te adoro,
Ave ó pez, sombra ó flor, nube ó estrella.

CÁRLOS A. SALAVERRY.

Buenos Aires, Enero de 1893

LA HIPÉRBOLE DEL ARTE

NERÓN

ESTUDIO FILOSÓFICO—HISTÓRICO—LITERARIO

(Continuación)

Dios ó la naturaleza habian querido poner en el alma de Nerón el canto divino, y además, ¿por qué hemos de ver en esto un fenómeno cuando es sólo producto natural del medio ambiente de su época?

Los que por mucho tiempo hemos creido que eran fenómenos de la naturaleza, porque su explicación era inaccesible á la mente humana, después, estudiándolos la ciencia y la paciencia de los hombres, los halló naturales; que nada hay de lo creado que no tenga su razón de ser, prevista de antemano por el que sea Dios ó sea principio vital, regula tan harmoniosamente desde las parábolas inmensas de los soles en el vacio, hasta los movimientos imperceptibles del insecto que tarda un dia entero para recorrer su viaje al rededor del tallo de una azucena.

Todos los grandes problemas de la humanidad que antes de resolverlos el hombre fueron fenómenos inexplicables, la filosofia de la Historia, sin apasionamientos, severa, como sibila que desde lo alto del trípode de los siglos investiga el pasado y predice en sus fecundas enseñanzas los futuros destinos humanos, ella nos revela como Nerón, tirano de tiranos, tuviese en su alma más negra que la última noche de un condenado á muerte, el surco luminoso del Arte, en medio de aquella sociedad romana, corruptora y corrompida.

Pero entendámonos del arte de su época: que del arte actual hubieran bastado algunas de sus melodias inspiradas, de sus rítmicas combinaciones, de sus escalas cromáticas, de sus múltiples variaciones harmoniosas, para transformar por el canto aquella fiera humana con el principio innato del Arte que ya sentia en sí, en un alma buena y quizás, quizás en el jénio sublime de la música que arrebata públicos inmensos en los entusiasmos que arrancan al alma las notas divinas de un *Ave-María* de Verdi.

¡Cuántas malas pasiones há suavizado y destruido la música sublime de Mozart y Pergoleso, de Bach y Haydn, de Rossini y Gounod, de Verdi y Mascagni!

¿Habeis alguna vez visto y oido en la soledad, confinando con el desierto pampeano, á la hora solemne del crepúsculo, cuando vuelven las ovejas al redil balando dulcemente y el campesino al hogar cantando aires de infinita ternura, porque es infinito el sentimiento que los inspira, y surjen las primeras estrellas como esparcido puñado de relucientes monedas arrojadas por Dios en el inmenso tapete de los espacios; cuando se alza, encendiendo las sonantes copas de los sauces como blandones, la blanca luna, como hóstia jigantesca para que comulguen los hombres en aras del amor universal; y los arroyos murmuran á los juncales ternezas de enamorado, y la alondra, parada sobre la musgosa ruina del templo precolombiano, narra á los astros encendidos sus hondisimas querellas; ¿no habéis visto y oido eso que os pareció escuchar como una música del álma? Pues eso veis y escuchais, cuando suena la música del divino Beethoven..

Y vosotros que sabeis que la música es el lenguaje de las almas, y sentis impulsos de reir locamente al oir vibrar los acordes lijeros de una *cuadrilla* de Offembach, y os sentis conmovidos hasta las lágrimas cuando escuchais los sublimes cánticos del cisne de Péssaro, decidme, no habéis pensado en las horas ardientes del soporoso estío, entrecerrando los ojos, no habéis pensado en campos inmensisimos y en colinas de ondulantes trigos, en cuyos estuches dorados, que guardan el rico y nevado grano, el sol descarga sus más fulgurantes rayos; no habéis visto con los ojos del alma al atezado segador que mientras corta con la filosa hoz los flexibles tallos de las espigas maduras, entona dulces cánticos de notas desmayadas con el acento quejumbroso del amante, que trémulo de pasión y deseos, deja caer en el oido de la mujer querida; y al pensar en eso, decidme, no os pareció escuchar la sentida *Siciliana* de Mascagni que todos los lábios repiten y todos los corazones sienten, porque ella nos habla en el idioma de una pátria celestial de donde venimos, ó, acaso, irán nuestras almas después de dejar esta envoltura de deleznable carne que nos ata al carro de la vida terrena?

Alguien, en un momento de buen humor, há puesto en boga la frase tan conocida que dice que la música es un ruido agradable; para esa frase no es más que un sofisma, tengo esta otra que es más verdadera: la música es la poesia del sonido.

La música es la poesia del sonido, como la poesia es la música de la palabra. Y acaso ¿no valen tanto una *Norma* ó un *Stabat Mater* cuanto un poema inspirado del altísimo Victor Hugo? ¿Acaso no nos llegan al alma y nos conmueven igualmente los fulminantes acentos del cisne de Gersey al hacer doblar la cabeza y las rodillas al execrable Napoleón *el Pequeño*, en versos juvenálicos, como las desmayadas notas del *Stabat Mater dolorosa*! que oirlas vibrar nos parece escuchar á la madre del dolor gemir en acentos inmortales sus hondas lamentaciones á la vista del hijo crucificado, de aquel sublime egoista del dolor, que el solo queria sufrir y morir por todos los humanos?...

Pero, ¿á dónde me conduce como en suave pendiente, esta disquisición sobre el arte sin que me deje llevar á término este estudio histórico sobre Nerón artista?

Vuelvo al camino demarcado y continúo... Antes invoqué, para terminar, un pincel de tintas sombrias y ahora, cuando considero el cuadro de crímenes y atrocidades de Nerón, encajado en el justo marco de su época, quisiera poseer el lápiz fecundo y la fantasia terrificamente grandiosa de Gustavo Doré; dejar escenas que se imprimieran en la mente con las negras tintas de un agua fuerte, como los grabados en que vénse á los condenados en los circulos dantezcos, ya metamorfosearse en dragones informes ó ya devorando el cráneo de sus propios hijos, como el desgraciado conde Ugolino.

Después que Nerón volvió de Grecia y se le recibió con honores inusitados, no demostró ser el Nerón que para engañar á la opinión pública, al comenzar su reinado, rebajó los impuestos, y que al serle presentado un papyro para firmar una sentencia de muerte, dijo compasivo y doliente: *Quisiera no saber escribir*! Que al darle el Senado acción de gracias, exclamó modestamente: *Me las dareis cuando las merezca*! . . No era el emperador que prohibia que en el Circo se matasen los gladiadores; que puso limites al lujo desenfrenado de los epicúreos romanos, que persiguió á los falsarios, que dictó leyes de severa justicia. Ya no era el emperador escrupuloso que, porque en su concurso musical se le cayó el cetro, bajóse á recojerlo con mano temblorosa, de tal modo

inquieto porque lo expulsaran del certámen, que un mímico tuvo que asegurarle que no habian visto nada los jueces, entre los aplausos del público y el ruido de los victores.

Francisco C. Aratta.

(Continuará)

INTIMAS

Leíale á un anciano muy amigo
La estrofa en que te digo
La bella historia de mi amor primero;
Me escuchaba en silencio, más, de pronto,
Murmuró: «Calla, tonto,
No disparates más, que me oigas quiero!»

. . . .

«Eres jóven, Octavio; tu cariño
Es el mismo del niño
Que se adormece en el materno seno:
Tú eres jóven, mi amigo; son estraños
Para tí los engaños
De la vida, no gustaste aún el veneno.»

«Más, cuando llegues á la edad del viejo
Que se miró en espejo
Como el tuyo tan puro y tan risueño,
Entónces te dirás, caduco y cano:
El mundo es un arcano,
Bien dijo Calderón: la vida es sueño!»

«Eres jóven, Octavio, y es la vida,
Para tí, la florida
Senda, que libre está de los abrojos,
Pero ¡ay!; pobre de ti, mañana mismo
Llegarás al abismo
Y la venda caerá de esos tus ojos.»

«Mañana mismo, sí, y á tu memoria
Traerás la tierna historia
De esos tus bellos, lánguidos amores;
De esos tus sueños de color de rosa
Que tu mente ardorosa
Forja entre ambiente de encantadas flores:»

«De aquellas horas siempre placenteras,
De tus citas primeras,
De tu primer y tan querido beso,
De tu primer y pasajero enojo,
De aquel dulce sonrojo,
De aquel tu eterno y lánguido embeleso.»

. . . .

«Tú vives en el siglo de los sueños,
De los sueños risueños...
Si comprende tu amor quien te enamora
Feliz mil veces seas, y ¡adelante!
La vida es un instante
De pena cruel y dicha halagadora.»

. . . .

Tal fueron las palabras del anciano,
Que, oprimiendo mi mano,
«Vertε feliz,-me dijo,-es lo que quiero!»....
Desde entónces acá, pienso y medito,
Sintiendo haber escrito
La bella historia de mi amor primero!..

Octavio C. Battolla.

Buenos Aires, Enero 27 de 1897.

SUEÑOS...



A Clarita

Quien sabe si nunca tomé parte en tus sueños!...

Es que en ellos, tal vez, aparecerán solamente serafines, de camino para el encantado pais de la Ilusión, pisando el terreno alfombrado de miosotys, y orlado de jazmines y madreselvas...

Yo sueño contigo!...

Te veo siempre la misma... siempre surcando el cristal color de rosa del océano del Amor, guiando un elegante esquife,—las velas hinchadas por la perfumada brisa de la Paz!...

Y cuando te aproximas á las playas de la Desesperación, donde te acompaño, te pregunto amorosamente:—¿Me amas?..,

Basta sólo ésto. para que el viento guie hácia otro lado la proa de tu bajel, y él se haga á lo largo, deslizándose rápidamente por sobre el cristal del océano...

Continúo soñando.

Me siento entónces sobre los escarpados arrecifes, que de la playa se extienden por el mar, y acompaño con la vista el elegante casco de tu buque ..

Y á veces, cuando el sueño es malo, las sombrías nubes de la Decepción, toldando el horizonte, me hacen perderte de vista...

Entónces despierto sobresaltado y solo después de mucho tiempo, es que puedo decir conmigo mismo:

—Creo en tu amor, creo...

Me levanto, indago el firmamento, las sombras esfumándose, anuncian la proximidad del dia, impidiendo así que los sueños continúen atormentando nuestras almas con sus fantásticas visiones.

Agustín Solla.

Montevideo, Enero 29 de 1898

EN LA SOMBRA



A Guzman Papini y Zas

Fué en Diciembre. Las rocas bajo el oro
De la tarde estival, resplandecian,
Y los racimos del ceibal ardian
Al inflamado y fecundante lloro;

Entre las ondas del raudal sonoro
Se bañaban los juncos, do acudian
Brillantes mariposas, que batian
Sutiles álas en revuelto coro.

Te acuérdas ..? Al morir la llamarada
Del ástro que pintó las suspendidas
Flores de fuego en la ribera amada,

Y caldeó las rizomas escondidas:
Juntamos nuestra boca apasionada,
Y unimos en el beso nuestras vidas!

Ubaldo Ramón Guerra.

Las Piedras, Enero 28 de 1898.

PARA "VIDA MONTEVIDEANA"

(Conclusión)

Y ella te veía: la tierra no se habia aún apoderado de su cuerpo: á cuatro pasos de tí, entre cuatro hachas mortuorias, cubierta con un paño negro, se dejaba estar inmóvil: caidos los párpados, y viendo; torpe el oido, y oyendo; muerto el corazón, y sintiendo; sintiendo, viendo y oyendo de allá muy alto á dónde suben los justos, y aún los pecadores agraciados por el Juez Supremo. La madre no muere para el hijo: colgada de Dios, pide por él: sus miradas atraviesan la eternidad, y le ve en el mundo: su oido escucha atento: ni los ayes se le escapan, ni es sorda á las necesidades de los que, padeciendo por ella, alzan los ojos y la buscan en las regiones infinitas de la gloria.

El alma vuela allá, el cuerpo vuelve á la tierra cuando llegue tu dia, á *encontrarla* en la mansión divina. Polvo es el cuerpo, y con todo tiene su religión, la religión de la tumba; tiene su templo, el panteón; tiene su altar, el sepulcro; tiene sus peregrinos, los deudos, los amigos de los muertos. Yo gusto de ese peregrinaje: un paseo en el cementerio es una lección profunda de sabiduria. Allá voy, amigo; allí encuentro al género humano reunido, nivelado, en gobernación perfecta: silenciosos, obedientes y ordenados todos: los que amaron: Abelardo y Eloisá; —los que fueron opulentos: Casimiro Périer, Laffite;—los que cautivaron el mundo con su génio: Molière, Racine;—los que deleitaron con el arte: Rachel, Talma;—los que padecieron: Eloisa otra vez, y todos los demás; porque el dolor es semilla del corazón, dote de la especie humana, al cual no es posible renunciar, ni en medio de las riquezas, cuyas voces no se deja de oir ni al estruendo de la música que nos hace bailar furiosos. Ora alces el harapo del mendigo, ora el purpúreo manto del potentado, allí verás en el centro del hombre un punto negro, que se dilata y se contrae según los vaivenes de la suerte. Pregunta al rey, señor de los pueblos, que vive mandando y gozando á banderas desplegadas, obedecido de sus súbditos, amado por sus queridas, respetado por los otros principes, rico de hacienda, fuerte en poder, ilustre de nombre, cuántos dias ha sido feliz en toda su vida, y te responderá: Catorce! Pregunta á la mujer hermosa, que ha dominado en los corazones, ha hecho víctimas y esclavos, harta de riquezas y de pompa contorneándose como un orgulloso cisne; pregúntale cuántos dias ha sido verdaderamente dichosa, y te responderá: Cuatro! Los demás son de la inquietud, de la zozobra, de los temores, de los celos, del arrepentimiento, de las ambiciones, de la cólera, de la envidia, de las amarguras del fastidio, del odio, y la mayor parte de las enfermedades y el sueño. Con que ¿cuántos dias se vive? Con que, viviendo ¿cuántos dias gozamos de felicidad acendrada? Grande, antigua y triste afirmación. Nadie puede llamarse feliz sino el dia de la muerte.

En realidad de verdad, si lloramos, lloremos por los vivos: los difuntos, ah! los

difuntos no padecen ya; la orfandad merece compasión de veras. Pobre amigo, solo estás; pero yo ¿qué tengo? Acostumbrado á ella desde la infancia, apenas guardo memoria del paraiso; echado de ésa, no por cierto cariñosa para mi, que se suele llamar pátria, ando por el mundo sin saber cómo ni hasta cuándo. Más por ahora tu dolor es más sagrado: ¿quién se atreviera á hablar de si á uno cuya madre murió ayer? ¡Santa llaga la del pecho corroido por esas lágrimas! ¡Santas lágrimas las que brotan de la piedad filial! ¡Santa piedad la que santifica á los padres! Una tumba está delante de ti: hincate, hincate otra vez.

JUAN MONTALVO.

Caracas [Venezuela] Diciembre 3 de 1897.

EN EL CAMPO

Vuelve tranquila la aurora
Con su pompa y su belleza;
Revive naturaleza,
Canta alegre ave canora
Con pureza.

Se escuchan dulces rumores
Como cadencias del cielo!
Y el juguetón arroyuelo
Murmura rozando flores,
Con gran celo.

Todo á disfrutar convida
De los goces de la calma;
Muere el viento, erguida palma
Que á estos sitios le da vida;
¡Goza mi alma!

A Dios aquí, se venera,
Animase el pensamiento,
Y de amor el sentimiento!
¡Ah, la siento!

Goza, goza, corazón
Ante tanta galanura;
Reviva en ti la ventura
De no marchita ilusión,
De gloria y de ternura.

LUIS MARTINEZ MARCOS.

Rosario de Santa-Fé Enero 26 de 1898.

LA TRANSTEVERINA

TRADUCIDO DEL FRANCÉS ESPECIALMENTE PARA VIDA MONTEVIDEANA

LA pieza acababa de concluir. Mientras la concurrencia, diferentemente impresionada, se precipitaba afuera, ondulante bajo las luces en el gran peristilo del teatro, algunos amigos, entre los cuales yo estaba, esperaban al poeta, en la puerta de los artistas, para felicitarlo. Sin embargo, su obra no habia tenido un inmenso éxito. Demasiado fuerte para la imaginación timida y banal del público de ahora, sobrepasaba el cuadro de la escena, ese limite de las convenciones y de las libertades permitidas. La critica pedante habia dicho: «Eso no es teatro!...» y los burlones de boulevard se vengaban de la emoción que acababan de darle esos magnificos versos, repitiendo: «Esto no producirá ni un centésimo!...» Nosotros estábamos orgullosos de nuestro amigo, que habia osado hacer sonar, remolinar sus bellas rimas de oro, todo el enjambre de su colmena, alrededor del sol ficticio y mortifero de la araña, y presentar personajes de tamaño natural, sin inquietarse de la óptica del teatro moderno, de los anteojos turbios, ni de los malos ojos.

Entre los maquinistas, los bomberos, los comparsas en boa, el poeta se aproximó á nosotros, su gran talla doblada en dos, su cuello levantado con frio sobre su barba escasa y sus cabellos largos ya grises. Tenia el aire triste. Los aplausos de la *claque* y de los literatos, reducidos á un rincón de la sala, le predecian un número muy corto de representaciones; los espectadores elegido y escasos, el cartel retirado pronto sin dejar á su nombre el tiempo de imponerse.

Cuando uno ha trabajado durante veinte años, que está en plena madurez del talento y de la edad, esta resistencia del público á comprenderos tiene algo de abrumador, de desesperante. Concluye uno por decirse: «Tal vez tengan razón» Tiene uno temor, no sabe más...

Nuestras aclamaciones, nuestros apretones de manos entusiastas lo reconfortaron un poco.

«Verdaderamente ¿Vds. creen? ¿Es tan bueno como todo eso?... Es verdad que yo he hecho todo lo que he podido.» Y sus manos ardientes de fiebre mantenian las nuestras con inquietud; sus ojos llenos de lágrimas buscaban una mirada sincera y tranquilizadora. Era la angústia suplicante del enfermo preguntando al médico; «¿Es cierto que no me voy á morir?» ¡No! poeta, tú no morirás. Las operetas y los espectáculos, que tienen centenares de representaciones y millares de espectadores, se habrán olvidado desde hace mucho tiempo, desaparecidos con su último cartel, cuando tu obra permanecerá siempre jóven y presente.

Mientras sobre la vereda desierta estabamos exhortándolo, animándolo, una voz fuerte de contralto estalló en medio de nosotros, con marcado acento italiano.

«¡Hé! el artista, basta de *puesia*... Vamos á comer *il estufato*!...»

Al mismo tiempo una dama gruesa, envuelta en una capelina y un chalón á cuadros rojos, vino á poner su brazo en el de nuestro amigo con un movimiento tan brutal, tan despótico, que su fisonomia y su actitud se perturbaron inmediatamente.

«Mi señora» nos dijo, en seguida; volviéndose hácia ella, con una sonrisa vacilante:

—«¿Si los lleváramos para enseñarles como tú haces el *estufato*?»

Tocada en su amorpropio de *cordon bleue*, la italiana consistió con bastante amabilidad en recibirnos, y hénos aqui en su compañia, cinco ó seis para comer un estofado de vaca, en las alturas de Montmartre donde vivian.

Confieso que tenia un cierto deseo de conocer este interior de artista. Nuestro amigo, desde su casamiento, vivia muy retirado, casi siempre en el campo; pero lo que yo sabia de su vida tentaba mi curiosidad. Hacia quince años de esto. Con todo el fervor de una imaginación romántica, habia encontrado en los alrededores de Roma una muchacha espléndida, de la que se enamoró. Maria Assunta vivia con su padre y toda una banda de hermanos y hermanas, en una de esas casitas del Transtévere que se bañan en el Tiber, con un viejo barco de pesca al pié de sus muros. Un dia apercibió á esta bella italiana, los piés descalzos en la arena, con su pollera roja plegada, sus mangas de tela cruda arremangadas hasta los hombros, sacando anguilas de una gran red que chorreaba agua.

Las escamas brillantes en las mallas llenas de agua, el rio de oro, la pollera escarlata, esos lindos ojos negros, profundos, pensativos, cuyos ensueños palidecian con todo el sol cercano, impresionaron al artista tal vez algo vulgarmente, como una imágen de romanza en la vidriera de un editor de música Por casualidad, la jóven tenia el corazón libre, no habiendo querido todavia más que á un gran gato, uraño y bermejo, también gran pescador de anguilas y que erizaba el pelo cuando se acercaban á su patrona.

Nuestro enamorado consiguió amansar á bestias y personas; se casó en Santa Maria de Transtévere y trajo á Francia á la bella Assunta con su *cato*...

¡Ah! *povero*; lo que el hubiera debido traer también era un rayo del sol de allá, un jirón de ese cielo azul, la excentridad del traje, los cañaverales del Tiber y las grandes redes giratorias del *Ponte Botto*; todo el marco con la imágen. Entónces no hubiera tenido la cruel desilusión que experimentó cuando, instalado el matrimonio en un cuarto piso en la parte alta del Montmartre, vió á su bella transteverina disfrazada con una crinolina, un vestido con volados, y un sombrero parisiense, el cual, siempre mal equilibrado sobre el edificio de sus gruesas trenzas, tomaba actitudes completamente independientes. A la fria y terrible claridad del cielo de Paris, el infeliz se apercibió pronto de que su mujer era ignorante, irremisiblemente ignorante. Estos lindos ojos, perdidos en contemplaciones infinitas, no revolvian un pensamiento en sus ondas de terciopelo. Brillaban animalmente, con la calma de la digestión, con un feliz reflejo del dia; ni más ni ménos. Y como la dama era grosera, rústica, acostumbrada á conducir de un revés de mano todo el pequeño mundo de la choza, la menor resistencia le causaba cóleras terribles.

ALFONSO DAUDET.

(Continuará)



FRAGMENTO

. . . .

Un dia, hermoso en verdad,
mientras contaba las flores
que, desde los miradores
descubrí en mi soledad,
y al verlas tristes y bellas
lucir en los verdes prados,

como suspiros alados
ó refulgencias de estrellas,
vertía ríos de llanto
por estar sola y cautiva,
como pobre siempreviva
que habita en el camposanto,
un apuesto moro vi:
á dónde estaba llegó,
y mis penas consoló:
era el mimado Wali.

—No las bellas llorar deben,
dijo: eres linda, hechicera,
como la esbelta palmera,
ó cual arroyo en que beben,
el néctar de la hermosura
las huríes entre galas.

No pliegues triste las alas,
vuela en pos de la ventura:
apártate del dolor;
para tí, luce la calma,
yo te entrego entera el alma
si la aceptas, con mi amor.

Yo te daré, por caricias,
perlas, aljófar, brillantes,
hermosísimos turbantes
y mundos mil de delicias;
yo verteré esencias mil
sobre las flores hermosas
que pises, como las diosas;
dejará al potente Abril
sin aromas, tu Wali,
y arrancaré del cristiano
todo un mundo, por mi mano
para ofrecértelo á tí.

Será tuyo cuanto mires,
cuanto anheles obtendré:
tu esclavo, hermosa, seré:
te adorarán los emires
y te llamarán sultana
los príncipes del Oriente
y los reyes de Occidente
y hasta el sol de la mañana.

Tu mismo padre vendrá
mil presentes á mostrarte:
oirás «su aurora» llamarte:
y al fin, cuanto te querrá.

Dime, pues, sin ese llanto
que te hace, acaso, más bella
que me quieres, y tu estrella,
lucirá llena de encanto;
dime que sientes amor
hácia el rendido Wali:
dilo, y será, para tí,
esclavo quien es señor.

HEBÉ

Enero de 1898.

AUSENCIA

NADA veo; todo está obscuro, tenebroso; un silencio sepulcral me rodea, hace que en valde mis ojos se subleven dentro de sus órbitas, sin que nada distinga, en vano mi vista se disloca por doquier sin que tenga un punto donde posarse; cual errante avecilla que dirije su vuelo hácia vastos desiertos donde no existe un solo arbusto dónde descansar, así tambien se dirije mi pensamiento hácia regiones desconocidas buscando el algo que necesita y vuelve pesaroso, sofocado, sin el algo consolador.

Triste situación la mia; ayer extasiado contemplaba ese horizonte azul, despejado, sin una sola nube turbadora que me cubria, pasando á su lado las horas más gratas, llenas de poesía, aspirando ese grato ambiente lleno de perfume que remolineaba en torno nuestro, dibujarse esa angelical sonrisa en sus lábios virginales, sentir el dulce eco de su voz abismado cual sonoro acorde de las dulces melodías brotadas del arpa de David en el trono de Saul.

Más, ay! llegó el hoy, y ese horizonte azul, despejado que me cubriera ayer, se vió envuelto por densos nubarrones, y no queda ya sinó ilusiones ó recuerdos del pasado. Recién hoy se deja sentir cruelmente lo que ayer no precavia deleitando lo presente. ¡Qué no daria ahora por verme un solo instante acariciado por ese fuego abrazador de sus encantos, oir réplicas ó frases llenas de amor que engalanen mis sentimientos! todo, todo, si, mi vida entera: porque un solo rayo de luz disipe, las tinieblas qne me envuelven.

Grande es el vacio dejado en mi corazón, más grande aún el dolor que me acomete á consecuencias de su inesperada ausencia; solamente el alma, única paciente con su dolor eterno, con ese llanto secreto, á cada instante revela el sufrimiento de que es objeto.

Y, adónde hallar reposo cuando á mi lado no existe, cuando mi vista no la contempla; como desahogar el sufrimiento que mi corazón embarga?, dando tregua al dolor, en la soledad tal vez; ó el sueño, único compañero acariciador de aquel que sufre, único bálsamo cicatrizador de hondas heridas abiertas por el amor; mismó, cuan engañador eres; desgraciado de aquél que en ti deposite un átomo de esperanza en casos semejantes, muy pronto se frustrarán sus creencias; yó, que en ti crei hallar el todo, nada sucedió, solo si, todo lo contrario. ¡Cuán adverso y cruel se ha mostrado! jamás pudo tranquilo cobijarme con sus anchas alas.

Cuantas veces abatido, corri en su busca esperando por momentos su mano auxiliadora, y al verme un instante entregado en su seno, fui vilmente asaltado por la maldita idea del olvido.

Olvido! puede acaso un ángel olvidar á quién le ha dicho que si lo amaba? no, imposible, yo deliro, pero ven alma de mi alma, que tu ausencia me hiere de muerte; necesito ver tenderse hácia mi tu mano salvadora, suministrándome el lenitivo que mi corazón reclama. Necesito aspirar tu aliento perfumado como quien aspira las brisas del alba, necesito sentir palpitar tu corazón acompasado con el mio; necesito saber si vivo eternamente en tu mente, y si ese corazón, símbolo ideal, única brújula que dirije los sentimientos del alma, reserva el puesto que ocupé yo.

VIRGILIO.

Montevideo, Enero 29 de 1938.

INSTANTANEA

En un álbum

Roja como la flor de la amapola,
La cinta que tus crenchas aprisiona
Finge un halo de fuego
En torno de un haz de rayos de la aurora.

Las suaves líneas de tu torso cubre
Blanca seda gascosa,
A la que, por la espalda, inunda en oro
Tu destrenzada cabellera blonda.

Escueta de oro, eres
Y de atavios sóbria,
Fuerte en el pedestal de tus encantos,
Con tus gracias por únicas fiadoras,

Miras en derredor, como queriendo
Contestar un saludo á la victoria;
Verde esplendor se escapa de tus ojos,
Y todos te proclaman vencedora!

WERTHER.

Montevideo, Enero 29 de 1898.

JUEGOS FLORALES

AVISO

Habiéndose suspendido hasta fines de Marzo la inauguración del monumento á Artigas en la ciudad de San José,—en cuyas fiestas deben celebrarse los Juegos Florales iniciados por esta Revista,—y accediendo á la solicitud de varias personas que desean concurrir á este certámen literario, se prorroga el término para la presentación de los trabajos hasta el dia 28 de Febrero.

AVISO

Se ruega á los autores de los trabajos enviados para los Juegos Florales, que más abajo se enumeran, soliciten de la Dirección de este periódico los recibos correspondientes, sin cuyo requisito no podrán retirarle sobre lacrado de sus firmas los que no resulten premiados en el torneo. Los recibos son *al portador*, de modo que no es necesario que dén sus nombres los interesados.

Tema A—Lema: La espada es gloria y el trabajo, vida.

Tema B—Lema: Luz y vida—Lema: Todo por mis muy férvidos amores — Lema: El amor disipa las tinieblas que en el ficticio concierto de las modernas sociedades, envuelven el alma.

Tema D—Lema: Por el amor, la vida es bella.

Tema E—Lema: Las dos agonias—Lema: Deber filial—Lema: La peor desgracia—Lema: Un trozo de cielo—Lema: A Artigas.

Tema F—Lema: La apoteosis del talento—Lema: Sostener tal indiferencia es negar, etc.—Lema: Joaquin Suarez.

Los autores de los demás trabajos presentados al certámen ya han retirado sus recibos.

La Dirección.

Nuestros Grabados

Con el objeto de no atrasar la salida de nuestra Revista, la damos hoy sin el «cliché» de belleza debido á que aún no nos lo han remitido de Buenos Aires nuestros grabadores Señores Coll y C.ª. En cambio, damos á nuestras lectoras un grabado espléndido de modas, cuyo complemento, así como su esplicación irán en el próximo número.



Estab. Gráfico á vapor, Calle Convención-82